

CAPITULO III

EL DIARIO DE UN MISIONERO

En la última parte del capítulo anterior se dice que hace uno o dos siglos los franciscanos colombianos establecieron el cristianismo en las regiones del Putumayo. Veremos ahora, en los extractos que reproducimos de notas hechas por un misionero francés que visitó el Putumayo en 1895, que los colombianos habían fundado innumerables iglesias en esa región y que los negociantes colombianos, lejos de maltratar a los aborígenes, los ayudaban en el cumplimiento de los ritos de la iglesia cristiana (1). Las notas en cuestión fueron publicadas en 1909 en un periódico católico francés: en la época en que fueron redactadas (1895) los colombianos estaban en posesión exclusiva de la región; el autor considera frecuentemente el territorio como colombiano. Se verá que las tribus aborígenes cumplían con los ritos del cristianismo. Las notas prueban los grandes esfuerzos hechos por Colombia para llevar el cristianismo a esas regiones. Además, la relación del

(1) Mr. Hardenburg confirma plenamente las afirmaciones del misionero. Como su visita se verificó doce años después que la del misionero francés, los hechos por él relatados, y que se leerán más adelante, tienen importancia y significación.

sacerdote francés confirma, con abundancia de detalles, la afirmación general hecha por Sir Roger Casement al *Foreign Office* al efecto de que "en la parte superior del Putumayo la instrucción religiosa y las prácticas cristianas aparece que fueron establecidas por colonos colombianos."

Cuando comparamos las prácticas criminales de los peruanos con la presencia inofensiva de los negociantes colombianos que iban acompañados y precedidos por la Cruz, no podemos menos de lamentar los avances de la jurisdicción peruana en la región del Putumayo.

Publicamos a continuación los extractos de las notas del misionero francés que vivió cinco meses en el Putumayo; en las líneas con que concluye nuestra cita se verá que el autor deplora la ausencia de comunidades entre los indios del Putumayo, pensamiento que dice mucho en favor de la fe y confianza que ese misionero tenía, después de una prolongada excursión en esas regiones, en el pueblo colombiano.

"Pasto, cuyos habitantes pasan de 20,000, es una de las ciudades más grandes de Colombia. Tiene un Obispado, dos seminarios y un Colegio dirigido por los religiosos de San Felipe, quienes tienen también un convento. Al Oriente de Pasto, y después de un lago no muy distante de allí, vive una importante tribu de indígenas llamados "Lagunos"

"Al día siguiente, por la primera vez, vi a los indios de Santiago, que queda situado en la falda de la cordillera, esa misma tarde el Obispo tuvo la bondad de visitarme en el hospital hablamos largamente de los indios de esa inmensa región de su Diócesis que se llama el Oriente o Caquetá y que está completamente abandonada "

“Esa region que bañan dos grandes rios, el Putumayo y el Caqueta, tributarios del Amazonas, es tan grande como Francia. Entre los numerosos indios que habitan la selva virgen hay muchos blancos. Como usted quiere visitar a los indios de Santiago—me dijo el Obispo—vaya hasta Mocoa. Con unos pocos días que usted permanezca entre esas buenas gentes les hará un bien inmenso. Esas palabras confirmaron mi resolución de emprender una misión por el Caqueta.

“El domingo 20 de octubre llegué a Lagunos, en donde celebre la misa. Esos buenos indios querian cargarme de regalos: panes, maíz, patatas, huevos, etc. Como yo presentara dificultades por temor de aumentar mi equipaje, ofrecieron acompañarme hasta Santiago, la primera de las aldeas que pertenece a los indios orientales. Partimos al día siguiente despues de la misa. Cosa de sesenta personas, buenas gentes, que aman al sacerdote y lo reconocen como su mejor amigo, me acompañaron hasta Devisadero.

“Ese encuentro con los indios en mitad del desierto es uno de mis recuerdos mas agradables. Conversamos por mucho tiempo alrededor del fuego y nos acostamos despues de rezar nuestro rosario. Al día siguiente, amontonando mi equipaje, fabrique un altar a cuyo alrededor se reunieron los indios con mucha calma. En las grandes y hermosas catedrales las ceremonias religiosas son muy bellas, pero esta misa, dicha a unos pocos salvajes, en la inmensidad del desierto y a más de cuatro mil metros de altura, pareciome un espectáculo de la mayor majestad.

“Continuámos nuestro viaje al traves de estrechas trochas cubiertas de helechos, que en Colombia suben a la altura de la rodilla. Es maravillosa la vista de las selvas y del alto valle en donde nace el Putumayo. Ese valle es una inmensa cuenca, húmeda, en la cual nacen innumerables arroyuelos que corren con lentitud indescriptible hasta que, juntándose, forman el gran río que se precipita al través de la montaña, tan pronto como abandona las llanuras.

“Al día siguiente llegámos a Santiago. En la iglesia estaba reunida toda la aldea: de un lado las mujeres, de otro los hombres. Tan pronto como entramos, todos se postraron y dijeron en español: ‘Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y María concebida sin pecado original’. Despues de una corta oración, dirigí algunas palabras a esos buenos indios que a mi alrededor se agrupaban en la nave.

“Los indios de Santiago son en su mayoría grandes y fuertes y viven en relaciones tranquilas con los blancos, a quienes no permiten, sin embargo, vivir con ellos. Reconocen la autoridad de un Goberna-

dor a quien nombran cada año y a quien asiste un Consejo de muchos miembros, elegido también anualmente

"Hace cosa de cuarenta años los jesuitas vivian con los indios de Santiago, encontré un indio que había sido compañero del último de esos misioneros. Desgraciadamente poco aprovecharon la instrucción religiosa que ellos les dieron. Actualmente solo reciben el Sacramento del bautismo y el del matrimonio. Sin embargo, en Santiago, San Andrés, Sibundoy y Mocoa conservan los vasos sagrados y los ornamentos de los misioneros, así como las capillas rústicas y las pequeñas casas para la habitación de los sacerdotes. En el centro de todas las plazas se encuentra una cruz. En Santiago sale una procesion, por las calles de la aldea, todos los domingos, a cuya cabeza va un indio joven con una cruz de madera mientras que los otros cantan el rosario. Una sola comunidad que allí residiera bastaria para que al cabo de dos o tres generaciones esos indios estuvieran en posibilidad de recibir todos los sacramentos y de ser, como los lagunos, buenos cristianos

"La iglesia de Santiago es muy grande; sus paredes son de barro y estan rodeadas con una galería fabricada con troncos de arboles. Hay allí un hermoso altar y todo lo necesario para el servicio

"Durante la semana que estuve en Santiago los indios acudian constantemente a la misa por la mañana, y por la tarde a la enseñanza que concluía con la bendición del Santísimo. Al caer la noche llegaba el jefe acompañado de todos sus sirvientes.

"En alguna ocasion bautice hasta treinta en la sacristia - el mayor de esos niños tendria tres años. Que lástima no haber podido regresar o permanecer mas tiempo! Un mes habria bastado para enseñar a esos niños todo lo necesario para la primera comunión. Cosechas mas abundantes obtuve en otro campo - por la tarde efectuaba gran número de matrimonios. Era cosa sumamente difícil hacer las investigaciones necesarias, puesto que los apellidos de la aldea se reducían a cinco o seis. Los cónyuges, sin embargo, no tenían nunca parentesco prohibitivo - al menos así lo aseguraban.

"San Andrés del Putumayo queda situado sobre la fuente de ese gran río y está a menor distancia que Santiago del primitivo lago de Coucha. Hay quienes suponen que esta pequeña tribu es todo lo que queda de la desaparecida de los sucumbis, que emigraron o huyeron de allí perseguidos por enemigos que les hacían la guerra. La opinión comun, sin embargo, es la de que los putumayos pertenecen absolutamente a la misma tribu que el pueblo de Santiago, cuyo lenguaje ha-

blan, usando las mismas costumbres y vestidos. Su iglesia es casi igual a la de Santiago. Tres días después decidí emprender viaje a Sibundoy.

“La aldea de Sibundoy contiene una considerable población blanca. Hay allí dos escuelas, una para indígenas y otra para blancos. Además del Jefe, a quien reconocen los indios, hay un Alcalde para los blancos nombrado por el Gobierno de Colombia. En seguida visité a Mocoa.

“Mocoa consiste en una gran plaza en cuyo centro hay una cruz. Las casas son todas de guadua, y de la plaza salen dos calles. En el centro está la casa cural, y a la derecha la iglesia, que es espaciosa pero menos adornada que la de Santiago.

“Después de dos días de viaje saliendo de Mocoa, llegamos a Guineo. En la cumbre de una pequeña colina los indios han edificado su capilla, cortando los árboles en una extensión de quinientos o seiscientos metros, alrededor. La capilla está en el centro; en uno de los extremos el cementerio y en el otro el convento.

“Después de permanecer tres días en San Vicente, nos embarcamos en una canoa en el Putumayo, que es en aquel punto excesivamente rápido. Al cabo de un día de viaje llegamos a San Diego. Los indios de San Diego y de San José no pertenecen a la misma tribu que los mocoas. Los del Putumayo forman una tribu separada. Usan el cabello corto, se arrancan las cejas y pestañas y llevan generalmente pantalones. Adornan sus cabezas con gorras formadas de hermosas plumas de loro o de guacamayo; llevan también algunas veces tocas de brillantes plumas. Atraviesan sus narices y orejas con el fin de poner en ellas varillas pequeñas o plumas y alas de insectos. Juntando *cocos* pequeños o semillas, hacen cinturones. Finalmente, usan collares de jaguar o de mono, etc. Sus armas son lanzas con puntas de hierro o de guadua, con las cuales no vacilan en atacar a los jaguares. Intrepidos, valientes, activos e inteligentes, son grandes cazadores y pescadores. Las mujeres son activas. Además del trabajo de la casa y del sembrado, tienen gran habilidad en la fabricación de hamacas y de loza, sobre cuyo fondo, de un rojo obscuro, se destacan claramente blancos dibujos. El interior de la loza es de un negro brillante y permanente. Los indios conocen algunas palabras españolas del *Padre nuestro* y del *Ave María*. Los misioneros vivieron entre ellos hace cosa de sesenta años. Desde entonces han sido visitados raras veces, y es de admirar que hayan logrado preservar lo poco que saben. Generalmente hacen bautizar a sus hijos por los negociantes y sacerdotes que por allí pasan. Poco después me embarqué para San José.

"San Jose, como San Diego, queda sobre la ribera izquierda del Putumayo, que es allí ancho y majestuoso. En San Jose se nos esperaba, y los indios hicieron a nuestra llegada grandes manifestaciones de gozo. Bauticé niños y bendije muchos matrimonios. Recordé a esos pobres indios el *Padrenuestro* y el *Ave maria*, que ya habían casi olvidado. En la mañana del 12 de diciembre celebré la misa en la vasta ramada que servía de capilla.

"Deseaba viajar aun mas por esas encantadoras riberas del Putumayo, cuyo clima, aunque ardiente, es sano. Esa fértil tierra podría alimentar poblaciones numerosas. Sus aguas son abundantes y su riqueza extraordinaria. Como el Putumayo tiene sobre el Caqueta la ventaja de ser navegable, los transportes serían fáciles. La construcción de ferrocarriles en aquellas vastas regiones sería juego de niños. Es de lamentar que no se establezcan con esos benévolos indios comunicaciones que faciliten la evangelización de los numerosos infieles que pueblan los valles del Putumayo, el Caquetá y el Napo, regiones más abandonadas hoy, desde el punto de vista religioso, que el mismo centro de Africa!"